

Que Él ilumine los ojos de nuestro corazón

«Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos». (Ef 1, 17-18)

Que Él ilumine los ojos de nuestro corazón para que comprendamos la esperanza a la que nos llama.

La vida nos va enseñando como son precarios nuestros proyectos, nos ofrece cantidad de oportunidades para dejarnos descolocar y para no quedarnos atrapados en la seguridad de nuestras visiones. Cuando nuestra esperanza está anclada en nuestras expectativas, en nuestros proyectos, capacidades o fuerzas, tarde o temprano, más temprano que tarde, experimentaremos el sabor amargo de la derrota y de la frustración. Pero nada está perdido, o mejor, esa pérdida, si estamos disponibles para aprender, se transformará en una ganancia muy importante, porque la intemperie es un lugar privilegiado para encontrarnos con nosotros mismos, es el lugar privilegiado para enseñarnos la vuelta hacia dentro, para que se iluminen los ojos de nuestro corazón y descubramos que solo Dios puede dar respuesta a nuestra esperanza.

Porque la esperanza no es soñar o alcanzar esto o aquello, por más bello y noble que sea, la esperanza es Dios mismo en su insondable misterio, en sus caminos y en sus planes, que distan de los nuestros tanto como el cielo de la tierra (cf. Is 55, 8-9). La esperanza exige desapego de mis deseos y confianza en el amor de Dios, porque lo que todos nosotros esperamos es el inesperado: nuestra esperanza está más allá de lo que esperamos, pero, previamente, no podemos saberlo. Sin la frustración de nuestras esperanzas no podemos descubrir el rostro de la esperanza. *«Esta es la esperanza que no defrauda, como dice Pablo en la carta a los Romanos, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado»* (Rm 5,1-2.5)

Que Él ilumine los ojos de nuestro corazón para que comprendamos la esperanza a la que nos llama.

Mucho de nuestro sufrimiento surge del apego a nuestros sueños de perfección. Identificamos nuestra esperanza con un mundo (una iglesia, una comunidad...) idealizado. Cuánto nos cuesta perder la manía de las cosas perfectas, cuánto nos cuesta curarnos de ese impulso que nos exilia en el confort de las idealizaciones, cuánto nos cuesta vencer el vicio de sobreponer a la realidad un cortejo de falsas imágenes. No hay peor infierno que un falso cielo, porque ahí se generan y se alimentan: orgullo, autosuficiencia, autojustificación, aislamiento, violencia y el delirio del poder.

S. Bernardo, en el *Tratado de los grados de humildad y soberbia*, nos invita: «Mira a la tierra, para que te conozcas a ti mismo. Ella te mostrará tu realidad, porque eres tierra y a la tierra volverás». Nuestro cielo está en la tierra, en la tierra que somos, esa tierra que tanto nos cuesta amar, tan sólo porque no corresponde a las creencias que interiorizamos a lo largo de la vida. En esta tierra, que es la nuestra, es donde Dios se hizo carne y acampó entre nosotros.

Bajar a la tierra, una y otra vez, acoger lo contradictorio, lo sombrío, lo que nos duele, sin desaliento y con ternura; siempre con ternura, porque estamos tocando nuestro mejor tesoro. Cuando abrimos así el corazón, caen los miedos, la libertad gana otra amplitud, aprendemos a mirar los otros con compasión y vamos experimentando que Dios vive y respira en nosotros. Cuanto más bajamos a nuestra tierra, más nos volvemos transparencia del Misterio de Dios. ¡Nuestra tierra es nuestro cielo! Experimentarlo es pura gracia. ¡Feliz fiesta de la Ascensión!

<https://www.monasteriodesobrado.org/>